

NUESTRO SER TRINITARIO

Javier Ortiz Tirado Kelly

La semejanza que los seres humanos tenemos con Dios, es un océano de contenidos - reales, simbólicos, icónicos y conceptuales - en los que tenemos que aprender a nadar para no ahogarnos en sus aguas profundas.

Para bucear en ese océano, es necesario dejarnos guiar por Dios; es decir, por nuestro Padre, por Jesús y por el Espíritu Santo, en un apasionante viaje de autoinmersión contemplativa y reflexiva. No me refiero a un típico psicoanálisis freudiano, sino a una verdadera terapia de renacimiento y potenciación espiritual. Sólo así, podemos comenzar a comprender nuestra semejanza con el Dios Trinitario y Eterno.

La teoría del análisis transaccional, propugnada por Eric Berne, hace una especie de analogía con la teoría de Freud, superando la noción del maestro vienés del Ego, el Super Ego y el Ello. Estas tres entidades o estadios de nuestra psique, son visualizadas y simbolizadas por Berne en las figuras interiores de un Padre, un Adulto y un Niño. En virtud de la difusión de esta teoría, con frecuencia escuchamos decir que todos llevamos a un niño dentro de nosotros mismos.

Pues bien, si se nos permite continuar con la fase analógica de nuestro proceso, podríamos decir que, nuestra semejanza con Dios consiste nada menos que en nuestra dimensión trinitaria. Como Él que es un solo Dios, nosotros somos un solo ser; y también como Él, siendo Uno, nosotros estamos integrados por tres “personas” interiores o entidades distintas: la del PADRE; la del ADULTO (como la persona de Jesús que, siendo verdadero Dios y verdadero Hombre, ha conducido su naturaleza humana a su mayor plenitud); y la del NIÑO (como la persona del Espíritu Santo, lleno de alegría, dinamismo, creatividad...).

Si aceptamos contemplarnos así, no sólo en lo que de psicológico tiene este símbolo, sino en todo lo que significa espiritualmente; y, en forma simultánea, contemplamos las tres Personas del único Dios, podemos emprender un camino de inmensa riqueza espiritual que nos hace penetrar dentro del flujo de abundantes torrentes de agua viva que circulan en el interior de la Comunión divina... Este momento es suficiente para contemplar sin límite de tiempo, en profunda oración,

el mayor acontecimiento que puede jamás existir: la VIDA COMUNITARIA DE DIOS... la VIDA EN EL AMOR...

Y en virtud de que hemos sido concebidos a Su imagen y semejanza, podemos visualizarnos en nuestro interior como una comunidad, en la cual debe regir el amor entre nuestro Padre, nuestro Adulto y nuestro Niño interiores...

Pero como estamos dañados internamente, debido al pecado; es decir, a que nos hemos alejado de Dios, nuestras tres “personas” interiores con frecuencia no saben relacionarse sanamente: Nuestro Padre oprime a nuestro Niño, éste se vuelve malcriado y agresivo contra nuestro Padre, éste lo regaña, el Adulto trata de imponer normas, reglas y leyes de toda índole a fin de crear un marco legal y político para la convivencia pacífica...en fin... ¡cuánto nos falta para restablecer buenas intra-relaciones!... así como las de nuestro Amado Modelo Trino, quien no se basa en legalismos impuestos, sino en la única ley que religa: la Ley del Amor.

Permíteme dar un brinco algo brusco e imagina que por amor, tu Padre interior va a ofrecer a tu Adulto, en un sacrificio que ambos voluntariamente aceptan; por ejemplo, entregarte como rehén a cambio de que unos terroristas perdonen la vida a otra persona secuestrada, a quien no conoces, y a sabiendas de que ese intercambio implicará necesariamente tu autosacrificio de morir...

¡¡¿ Cuánto necesitaríamos amar a nuestro próximo para dar nuestra propia vida para salvarle la suya ?!!!

Esa es la dimensión que rompe la relativamente “fácil” y “placentera” vida intratrinitaria. ¡Por amor, Dios decide romperse a sí mismo, rasgándose como el velo de un Templo que ansía mostrar cuánta Luz hay dentro de Sí! Y, desgarrándose interiormente, abrirse a que participemos de su Amor infinito, formando con Él una Comunidad eterna y maravillosa, cuyo nombre es DIOS-CON-NOSOTROS.

Por supuesto, a cambio de todo eso que Dios hace, nosotros podemos corresponderle: Creyendo y viviendo en Él, desgarrando nuestro “yo” y sus tres entidades o “personas” interiores, en orden a trascender a la plenitud de la vida humana que sólo se logra en un “nosotros”, una comunidad de hermanos que viven amándose, y creyendo-viviendo según nos invita Jesús para formar con Él, con nuestro Padre y con el Espíritu Santo, la COMUNIÓN ETERNA que ya ha comenzado en esta historia nuestra.

México, D.F., 3 de noviembre del 2000.

AGREGADO:

Así como en el ser humano existe la imagen trinitaria de Dios, puede ser que en los ángeles también se produzca lo mismo. En octubre del 2003, me encontré con unos bocetos de Sandro Botticelli (pintor renacentista de "El Nacimiento de Venus"). Entre ellos hay uno que ilustra al ángel caído en su tres facetas:

